



Lucio V. Mansilla,
El excursionista del planeta. Escritos de viaje.
Selección y prólogo de Sandra Contreras.
Buenos Aires
Fondo de Cultura Económica
2012
466 pp.



Por Milena Bracciale Escalada¹

Lucio V. Mansilla es, tal como él mismo se define, “uno de los argentinos más glotones en materia de viajes” (103) y “un artista en cartas” (265). Ambos aspectos son los que se conjugan en esta imprescindible edición de Sandra Contreras. Dice Mansilla: “Yo no puedo moverme en silencio” (248); así, se comprueba cómo “la pluma domina el tiempo y el espacio” (260) en cada uno de los relatos de viajes que se compilan en este libro. Trasládase es escribir y escribir es conversar; y en estas conversaciones y en estos universos desconocidos que se revelan a los lectores a través de sus palabras, Mansilla tiene una idea obsesiva: “En medio de estas maravillas, mi pensamiento constante es la Patria. Quisiera con el rayo traer lo más barato posible a todos mis compatriotas para que lo presenciaran, ¡porque también el placer compartido es doble placer!” (361). Escribir es, entonces, dar a conocer, compartir, opinar, posibilitar que el lector viaje con él; y también, como puede leerse en las “Cartas de Amambay”, escribir es defenderse, convencer, justificar un objetivo, una misión que se trasluce, otra vez, obsesiva. Pero en Mansilla, sobre todo, escribir es divertir y divertirse; es un juego, una actividad lúdica, que entretiene por sus ironías, que rompe lo establecido por su estilo ameno y a la vez irreverente, por su desmantelamiento de los lugares comunes o de la hipocresía, por su propia extravagancia. Escribir es contar anécdotas insólitas, aunque Wilde lo acuse de poseer una prosa de excesiva imaginación.² Y, por último, escribir es “poner al día” al país, exhibir las más recientes novedades en materia de progreso tecnológico y nuevos inventos.

¹ Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becaria doctoral por CONICET. Contacto: milena_bracciale@yahoo.com

² Por ello, parodiando el léxico médico como respuesta a Wilde, Mansilla apunta: “tengo muy desarrollada la protuberancia de la «idealidad»” (403).

Esta edición resulta ineludible en tanto reúne distintos tipos de textos que funcionan, en el caso de Mansilla, como relatos de viaje, producidos a lo largo de cincuenta años, durante el viaje en cuestión o como recuerdo posterior: folletos, artículos, *couserías*, cartas, corresponsalías, columnas. De esta manera, se exhibe la multiplicidad de su estilo y la variedad de sus formatos de escritura, en un compendio que muestra itinerarios de juventud pero también de madurez, así como derroteros vinculados a empresas oficiales y a otros viajes familiares. La confrontación revela una escritura heterogénea y de una actualidad que impresiona. Pero, además, la selección realizada por Sandra Contreras ofrece la novedad de publicar por primera vez en formato de libro textos que sólo habían aparecido hasta el momento en los periódicos de la época, a la vez que ubica en su contexto de origen artículos tradicionalmente considerados como parte de los volúmenes de *Entre-Nos*. *Couserías de los jueves*, de 1889 y 1890. Esta operación posibilita volver a leerlos a partir de una nueva constelación; es el caso, por ejemplo, de “Ñandurocay” y “¡Esa cabeza toba!” que ahora pueden ser leídos a la luz de las “Cartas de Amambay”, o de “La cabeza de Washington” vinculado con “Ecos de Europa”.

En la introducción a estos relatos –“El genio de los buenos viajes” (otra denominación con que Mansilla se designa a sí mismo)– Sandra Contreras puntualiza los aspectos más relevantes de la vida y el estilo escriturario del autor, contextualizando las circunstancias de los distintos viajes, a la vez que ofrece una serie de claves de lectura para pensar en forma global estos textos a partir de una nueva vinculación entre ellos. De esta forma, explica que recién entre 1888 y 1890 se produce el efecto de multiplicar la figura de Mansilla en viaje al infinito, a través de la fragmentación del relato de su vida, atravesada por el viaje, sin seguir un orden cronológico y por medio del montaje de sus múltiples anécdotas. Mansilla será siempre el que *ya* viajó y el que lo hizo *más* tempranamente que cualquier otro. Y todo esto es, ni más ni menos, un efecto de su propia escritura.

El libro está dividido en tres capítulos organizados a partir de la ubicación geográfica desde donde escribe el autor. La primera parte, “Oriente. De Adén a las Termópilas”, da cuenta de un periplo que se inicia en 1854 y que finaliza con una carta a Emilio Mitre, el entonces director del diario *La Nación*, de 1897, donde Mansilla recuerda el texto de “Adén a Suez”. Entre las *impresiones de viaje* de “Adén a Suez” y la carta, titulada “Desde las Termópilas”, es factible leer “Recuerdos de Egipto” de 1863 y “En las pirámides de Egipto”, publicado tradicionalmente como parte de *Entre-Nos*. Como puede observarse, la relación que establece Contreras a través de estos textos constituye un ciclo que no sólo se conecta por las circunstancias y los lugares del viaje sino también como inicio y cierre de una travesía que la misma escritura de Mansilla vincula entre sí.

En el segundo capítulo se dan a conocer las “Cartas de Amambay”, correspondientes a la sociedad anónima que conformó Mansilla junto con Mauricio Mayer y el coronel Francisco Wisner, entre 1877 y 1879, con el propósito de la explotación minera en Paraguay. Publicadas en *El Nacional* e inéditas hasta ahora en formato de libro, en estas cartas con un fin tan concretamente utilitario, en palabras de Mansilla, la “literatura es condimento que se puede indigestar” (125). Firme en su convicción (“soy capaz de soterrarme hasta salir airoso o perecer en la demanda”, 126), se construye como un sujeto investigador, cotejando su experiencia con referencias de autoridad en la materia, incorporando cartas y citas textuales de otros hablantes expertos que reafirman y apoyan su iniciativa, y demostrando constantemente, y pese a sus múltiples intentos fallidos de encontrar oro, sus saberes al respecto. Mansilla debe argumentar y defenderse, por lo que la

analogía con otros países le sirve también como método para demostrar sus conocimientos. Sin embargo, los intentos infructuosos y el detalle y rodeo que se le da a cada hecho vuelven al relato atrapante y revelan una nueva faceta del Mansilla aventurero, comprometido en empresas exóticas. Ocuparse del sitio “donde está enterrado el perro” se vuelve el *leit motive* de esta sección, que en su frustrada reiteración (“quiero *desenterrar el perro* y no puedo”, 234) dan como resultado páginas que es necesario revisar para tener una visión más completa de la figura de este escritor.

Finalmente, la tercera parte, “Europa. Política, mujeres, tecnología”, comienza con una serie de textos —también inéditos en formato libro hasta esta compilación— publicados en *La Tribuna* entre 1881 y 1883, y firmados bajo el seudónimo de Juan de Dios. En “Sobre cubierta”, el artículo inaugural de esta sección, se destaca la insistencia en la importancia de viajar y, con ese pensamiento persistente, son notables las recomendaciones de Mansilla para economizar a fin de optimizar el dinero. Los detalles sobre las comidas, los vinos, los precios resultan elocuentes. De nuevo, a la distancia y en lugares en los que notablemente disfruta de estar, la añoranza por la Patria se hace presente: “Francamente, siento que mis paisanos no viajen más, pudiendo hacerlo con tanta facilidad, comodidad, celeridad y baratura” (312). En “Ecos de Europa”, se pueden apreciar las novedades literarias, musicales y teatrales de la época, comentadas con la sagacidad de Mansilla, a la vez que se describen las maravillas del teléfono como la última y más novedosa invención del momento. Otro aspecto notorio, además de las múltiples anécdotas que continuamente se yuxtaponen, son las referencias al uso del lenguaje y su modificación a causa del progreso técnico. Así, las disquisiciones acerca de los neologismos “electricista” o “telefonista”, leídas en el siglo XXI, le dan un plus al humor original que “estas plumadas” (354), “estas páginas fugaces” (312), ya poseen *per se*. Lo mismo ocurre con su visión anticipatoria acerca de la creación del cine y, sobre todo, con su fascinación y optimismo al respecto: “el día en que este sueño se realizara —y ese día será quizá mañana— podría decirse en verdad que el hombre ha vencido a la muerte” (365). El encuentro con Zolá y su intervención, de ese modo, en la polémica que acontecía en Buenos Aires a propósito del naturalismo, muestran la ubicuidad de un Mansilla siempre atento a todo. Apreciaciones políticas, necrológicas, opiniones religiosas, fragmentos de diarios europeos, mejoras en la Biblioteca Nacional de París, son algunos de los más diversos aspectos sobre los que Mansilla discurre en estos “Ecos de Europa”. Luego se agregan algunas *caserius* donde los relatos acerca de las mujeres ocupan un lugar central, tales como “Catherine Necrasoff”, y después se compilan en “Diario de un expatriado” columnas publicadas en *El Diario*, entre 1899 y 1901, bajo el seudónimo Aeiou. Aquí, son de destacar las reflexiones sobre el nuevo siglo y, fundamentalmente, el humor con el que Mansilla ridiculiza las discusiones acerca de cuándo comienza el nuevo y cuándo termina el anterior: “¡Pobre humanidad! Los sabios y los poderosos no se ponen del todo de acuerdo, ¡y a los simples mortales se les exige que sean razonables!” (437). Finalmente, en “Páginas breves” se presenta una selección de columnas también publicadas en *El Diario* pero ahora entre 1906 y 1911. De allí, su visión sobre las incipientes vanguardias resulta llamativa. Esta vez, Mansilla no se muestra nada fascinado y sentencia: “Voto por la negativa si es que el “futurismo” cae por las orillas del Plata” (465).

Este “eterno zurcidor de digresiones” (234), llena sus hojas de sentencias, refranes y citas literarias en su lengua original, a veces traducidas y otras no, que le permiten pensar e interpretar cada nueva experiencia que le presenta su itinerario. Revela los detalles del día, exhibiendo noticias de los diarios, demoras en la publicación de sus cartas, incorporando

relatos de otros hablantes o conversaciones orales, de forma tal que la actualidad, el humor y también las imágenes poéticas que le suscitan los distintos espacios que recorre, se dan cita en este libro que da a conocer un Mansilla fuertemente heterogéneo en cuanto a estilos y formatos escriturarios, aunque en textos reunidos con una temática común que hilvanó toda su vida: los viajes. Por esto, el quehacer de Sandra Contreras en *El excursionista del planeta* se evidencia como un trabajo que era *necesario* realizar –casi urgente, diría– y que cubre un vacío fundamental en relación con un autor fundante de nuestras letras.